

14
NO VEAS

25
CTS



Do. Espinosa - 77

—¿Cómo tienes la retaguardia, Franco!

Hablan los dioses.

De Cibeles a Neptuno, pasando por Las Cuatro Estaciones



Todos los madrileños hemos visto cómo arropaban amorosamente con gruesa manta de sacos terreros a nuestros convecinos mitológicos, de tan rancia stirpe castellana, como son la voluptuosa Cibeles y el húmedo Neptuno; pero pocos saben lo que hacen estas

deidades del paganismo bajo las fortificaciones que sirven para protegerles de la metralla criminal fascista.

La Cibeles y Neptuno pueden comunicarse por teléfono—hilo directo—y, en la tenebrosidad de sus refugios, así lo hacen con frecuencia, tanto para matar el tedio de la soledad a que se ven forzados, como para cambiar sus impresiones sobre la marcha de las cosas mundanales.

Lo cierto es que la Cibeles y su hijo, porque todo el mundo sabe que Neptuno, a pesar de sus barbasas truculentas y su cara feroche de tragacuras, es el primogénito de la augusta matrona que conocemos sentada en el carrito de los leones, y si alguien lo ignoraba deben morir de vergüenza, lo cierto es que la madre y el hijo conversan diariamente y que nosotros, con la complicidad de Apolo, esa gentil figura que corona la fuente de "Las cuatro estaciones" en el Salón del Prado, hemos logrado una interferencia para escuchar impunemente los diálogos de tan respetable familia.

He aquí lo más intere-

sante que conseguimos escuchar a "la linda tapada" y al "Emboscado público número 1", como ahora les llaman:

—¡Aquí la Cibeles! ¿Eres tú, hijo mío?

—El mismo que viste y calza, con su tridente completamente enhiesto.

—¿Qué castizo estás, hijo! Y del reuma, ¿qué tal vas?

—Inmejorable. Quitaron el agua de la charca, que me calaba los pies, y bien arropadito ya no me asustan, como antes sucedía, las mortíferas corrientes de frío que llegaban hasta mí cuando abrían las puertas del Congreso.

—¿Y de la guerra, qué noticias me das?

—Buenas y confortantes. Franco, que pensaba aumentar sus tropas "nacionalistas" extranjeras con soldados japoneses, se ha visto chasqueado con el conflicto de China, y aunque ahora hace gestiones en el Senegal para formar un ejército de antropófagos que "civilice" nuestra patria, los españoles se agrupan en un frente único que les permitirá sacudirse las moscas.

—¿Y de Ginebra, sabes algo?

—Sé lo bastante para reventar de cólera—rugió con voz de trueno el barbudo y domador dios de las aguas—. Ese tinglado, que sólo conocí la táctica de organizar dramas universales y banquetes heliográficos, tendrá que terminar en una tragedia bufa.

—Estás inspirado, hijo mío. ¿Cómo se conoce que te educaste en el Olimpo!

—¡No digas eso, mamá! En el Olimpo sólo se aprenden cursilerías. Desde que los poetas ripiosos comenzaron a edificar en nuestro recinto sagrado con el cascote de sus versos, se ha puesto aquello intransitable. Donde yo he aprendido a vivir fué aquí, desde que me situaron en la vía pública, encaramado en esta fuente para controlar el cruce de los tranvías barriobajeros... Escuchando al pueblo es como se sabe la verdad. Sus penas y sus alegrías no pueden estar ocultas, son limpias como todo lo sincero, y quienes las ignoran y las retuercen en propio beneficio no tienen derecho a vivir.

EL DUENDE DE ATOCHA

(Ilustraciones de Rojo.)



Trimestre	3,75 pesetas
Semestre	6,25 —
Año	12,00 —

NUESTROS HOMBRES ILUSTRES

El obispo que ha cambiado de sexo

Su ilustrísima había nacido para otra cosa. Le molestaba oír lo de «es un pastor, un verdadero pastor», como, cazurreando, le elogiaban los canónigos; le fastidiaba ser el sucesor de un «obispo leproso» que un literatuelo había colgado a la diócesis de su pastoreo; le encoraban las prebendas y distinciones honoríficas. Para disciplinarle, habían tenido que hacerle protonotario «ad instar», una cosa que ni él sabía muy bien lo que era, pero que tendrá que constar para siempre en sus biografías; caballero de la Orden Militar de Montesa, comendador de la Orden del Santo Sepulcro, capellán de honor de su majestad, prior de todas las Ordenes Militares aplicables a todos los santos...

El día que yo pasé por su ciudad levantina me lo encontré. Al principio, supuse que era el galanteador local: moreno, displicente, marchoso. Luego me enteré—me lo dijo un guardia—que se trataba de su ilustrísima.

—Es un tipo muy liberal! —contaba el hombre.

Procuré charlar con él. De España había siempre que contar cosas originales. El tío se me explayó:

—Mire usted, amigo: a mí me hubiera gustado ser del pueblo, que popular ya lo soy. Pero nací en el Norte y allí, como todo el mundo cree, pues uno no tiene más remedio que dedicarse a lo que da... ¿Me ha comprendido?

Y marchó con un aire pinturero hacia la calle. Era la madrugada. La misa de alba habría comenzado ya.

Unas miradas ojeras le despidieron con lagrimones de «rimmel».

No volví a saber de él hasta el año 31. Alguien me dijo entonces que al saber lo de la República, había pegado tres saltos de epileptico sobre el sillón abacial y había pronunciado algunas palabras sobre la Virgen.

—Amigo, es que se trata de un tío reaccionario

visión de plazas eclesiásticas en la Santa Iglesia prioral de las Ordenes Militares», y un álbum de tangos titulado «Piezas tristes». Pero nada más.

Supongo que la sublevación fascista causaría su más íntima indignación, sobre todo por pillarle en pleno Levante, tan lejos de los frentes. Que se pondría a vociferar en contra de los traidores, porque —eso sí—

—¿Pero su ilustrísima así?

—Sí, hijo, sí; pero nada de ilustrísima. Ahora, en masculino: ilustrísimo y excelentísimo...

Y se rie como un barbián.

—¿Y sus familiares? ¿Y su palacio? ¿Y su curia?

Vuelve a reír fotogénicamente.

—De la curia soy; pero dejé la eclesiástica. ¡He ido al pueblo, como eran mis deseos! ¡Del pueblo fui, del pueblo soy, del pueblo seré!

—Bueno, déjese de conjugaciones y a ver: ¿qué le han hecho a usted? ¿Por qué esta euforia?

—Pues na, ¡mi amistad con el vasco! ¡Amigos, aunque sea en el infierno!... Que me han dado un carguillo ahí, en la Audiencia, para premiar mis servicios al pueblo... ¡Y luego dirán de estos rojos!...

Y su ilustrísima, a pesar del nuevo sexo, marcha calle abajo, contoneándose como una tanguista. ¡Qué suerte de hombre! Porque luego me he enterado que le han hecho magistrado del Supremo.

Emil LUDWIG

(Ilustración de Leo.)



—me comunicó ese alguien.

—No lo crea usted —me apresuré a notificarle—. Su ilustrísima es hombre campechanote y está en el secreto.

Pasó el tiempo. Yo tuve que hacer otras entrevistas importantes, y ni me ocupé. Supe, sí, que había publicado obras tan revolucionarias como «El problema económico en la organización nacional y diocesana», «Observaciones para la recta interpretación de la doctrina legal vigente en la pro-

como madrugador, vaya si lo era.

Hasta que hoy me lo he encontrado otra vez aquí, en la capital del que no sé por qué llaman Levante feliz.

—¿Qué hay, Ludwig? ¿Sigue usted haciendo entrevistas?

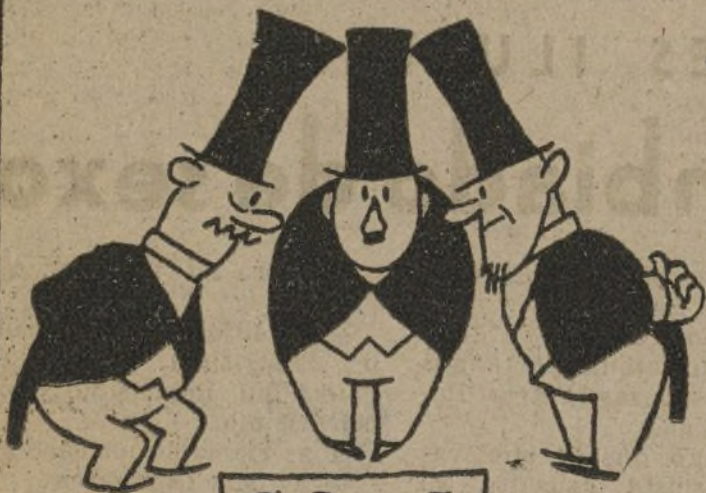
No lo había conocido. Su sombrero veraniego, su camisa de seda, su traje de hilo, su cuello planchado, me lo habían disfrazado. No pude reprimir la justa admiración del caso.

GRACIAS, CAMARADAS

La 24 Brigada, primer Batallón, Plana Mayor del 595 Batallón y un particular han entregado como donativo a NO VEAS la cantidad de pesetas 161,70.

NO VEAS

COSAS de NO VEAS ¹¹⁰¹¹ ALFARAZ



S.D.N.



¡MI PADRE!
¡LOS DE LA S.D.N.
SE REUNEN! ¿QUE
NUEVO ATENTADO
SE PREPARA?

POR QUE ME HAGO
RICO CON LA GUERRA,
DICEN QUE NO SOY
PATRIOTA; PERO ¿QUIEN
HA DICHO QUE YO
TENGO PATRIA?



JUDIAS
100 PES K.

ARROZ
300 PES K.

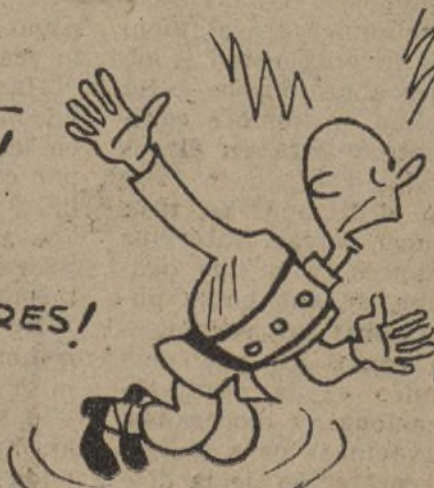
PATATAS
10 PES K.

AZUCAR
1000 PES K.



ESTÁS MUY GUAPO CON
ESE CINTURON LLENO DE
CUPRONIQUELES CLAVADOS:
YA QUE NO ME LOS DEJAN
ESCONDER AMI, TU ME AYU-
DAS, SIN DARTE CUENTA, A
DIFICULTAR EL CAMBIO.

— MI GENERAL:
¡LOS DEL "ESTE" CON-
TINUAN AVANZANDO!
— ¿QUIENES SON LOS
DEL "ESTE"?
¡NUESTROS ENTERRADORES!



ARAGÓN

Alfaraz

DON QUIJOTE NOS HACE UNAS DECLARACIONES

«Si no quieres que te pisen esta interviú, acude a las diez al antiguo Círculo de Bellas Artes. Lleva una camelia en el ojal de la americana. — El Caballero de la Triste Figura.»

Esta fué la misiva que me entregaron nada más entrar en la Redacción y pedirle un pitillo al director.

Miré el reloj: las nueve. No había tiempo que perder. Me quedaban cinco minutos. Compré una camelia, y salí al punto.

A las diez esperaba a Don Quijote de la Mancha, ensimismado en la lectura de un «Manual para hacerse amar locamente». Sentí en la espalda la sensación de una mirada. Me volví.



Don Quijote de la Mancha emergía de un cuadro de Moreno Carbonero, apeándose con bastante elegancia de «Rocinante», después de hacerle una seña a Sancho, instándole a que se quedase.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿Y vuesa merced?

—Vamos tirando. ¿La familia, bien?

—Bien.

—Chico, te he llamado para que digas desde NO VEAS mis impresiones sobre la guerra actual. He estado a punto de escribir algo sobre esto; pero este Sancho, con lo de las bases de trabajo, no me quiere ir ni por cuartillas.

—Me parece aceptable su idea. Tenga la seguridad vuesa merced que lo reflejaré fielmente en NO VEAS.

—Beberemos antes — me contesta—. Espera. ¡Sancho! Vete por dos farías.

Sancho se apea a su vez del rucio y marcha rauda. Vuelve al momento con dos farías y otro más que se balancea en las comisuras de sus labios.

Don Quijote le regala una mirada triturante.

Y mientras paladeamos dos «veintes» de tintorro, me habla:

—Yo he estado siempre contra el orden de cosas imperantes anteriores al 18 de julio. Y digo que he estado siempre, porque recordarás que todas mis aventuras en la España del siglo XVI, contadas por un individuo que atendía por Cervantes, estaban promovidas con el objeto de desfacer algún entuerto o agravio, inferido por lo regular a las clases populares. Recuerda mis aventuras con los galeotes. ¿Qué eran los galeotes, sino revolucionarios de aquellos tiempos?

Don Quijote me mire y se acaricia el yelmo de Mambrino, retirándole un poco hacia atrás, como si fuera una gorra de visera. Prosigue:

—Además, mi espíritu de español cien por cien se ha visto zaherido por la invasión extranjera. Esto sí que enerva mis sentidos. ¡Ah! Si yo pudiera liarme a mandobles y cintarazos con los follones y malandrines que vosotros dais en llamar fascistas!

Aquí el Caballero de la Triste Figura, en el paroxismo de la cólera, se golpea el pecho, consiguiendo armadura. Procure calmar armadura. Procure calmarle, y nada mejor que preguntar por la sin par Dulcinea.

—¿Dulcinea? — contesta—. Debe estar en la cola del tabaco; como es jueves, quizá haya saca. La pobre, además, me está confeccionando un jersey de punto para el próximo invierno. Una labor de ganchillo verdaderamente admirable.

—¿Cómo cree vuesa merced que terminará la guerra?

—Indudablemente, con una rotunda victoria de la República, que representa todo el españolismo y la hidalguía que a mí me confirió Cervantes. Es más, yo declararí la guerra a Italia y Alemania.

—Pero eso sería una «quijotada»!

—Naturalmente! Da una larga chupada a su cigarro y queda mirando con melancolía las volutas de humo al elevarse. Un relincho de «Rocinante» le despeja la mente, y se despide de mí, no sin antes prometerme una insula Barataria.

Se introduce en el cuadro y me saluda por última vez en un erguir de su puño cerrado.

Al doblar la puerta, todavía le oigo dirigirse a Sancho:

—¿Cuántos molinos nos hemos cargado esta semana?

H. JONES

Kah-Melo



TOME V.D. LA TISANA ASTRAL TODAS LAS NOCHES



La mejor hierba revolucionaria. En cada paquete encontrará usted mejoría para su hígado, se tornará optimista y tendrá más energías para propalar bulos, atacar a todo el mundo y sabotear al régimen.

Vea usted lo que dicen de este maravilloso medicamento algunas destacadas personalidades:

De don Malévolo Rencoroso, anciano Caballero.—Desde hace algún tiempo lo tomo al anochecer y noto un gran descanso en la grave dolencia al hígado que padezco. La bilis, que antes me brotaba de cualquier manera, sale ahora destilada y tan pura, que estoy organizando su aprovechamiento y distribución.

De don Emboscado de la Quinta Columna.—Me proporciona un gran optimismo, sumiéndome en un dulce arrobamiento que me hace figurarme que contamos con más amigos de los que creemos. Tal vez me equivoque, pero es la sensación que me produce la ingestión.

De un antiguo casquero.—Es un placer para mí. Cuando lo tomo, me parece que estoy otra vez despachando bofe, y veo aparecer ante mi vista las asadu-

ritas y la sangre cocida. Creo que es la tisana más revolucionaria.

De un trotskista.—Es el único medicamento que ha logrado aliviarme algo, sobre todo después de acabarse mi poción habitual. Yo le guardo un tierno afecto, pues gracias a él, que ha vigorizado mi débil organismo, tengo energías para aullar en algunos sitios.

No podemos negar que hay miles de opiniones adversas; pero son de gentes sencillas, que no han saboreado, por terquedad espiritual, los paraísos artificiales que proporciona nuestra droga. Para que se vea nuestra imparcialidad, hacemos pública la opinión de un ciudadano de mentalidad poco complicada: «Siempre me inspiró curiosidad. Un día, al escuchar las alabanzas de mi portera, intenté tomarlo; pero por más esfuerzos que hice no conseguí tragarlo.» Pero de esto

no hay que hacer caso. Siempre sería algún inmundo proselitista.

MILES DE TESTIMONIOS

Los tenemos de señoritos facciosotes, de incontrollados, de trotskistas. Y ¿cuál es el consejo que sale de ellos? El consejo es el de tomar todas las noches la tisana «Astral». Esta droga, recogida en plena naturaleza, allí donde los pajarritos gorjean y las hierbecitas bailan el vals de la brisa, y que se consumía casi exclusivamente en lugares sencillos y atrasados, tiene ya un gran consumo en las principales ciudades de la España leal (1).

Provoca sueño y deliciosas sensaciones irreales (lo

único auténtico es el dinero que cuesta). Además, se la regalamos si no dispone usted de capital o no le interesa. Nosotros las gastamos así. Tiene otras ventajas. Una de ellas es la aplicación a la albañilería. En efecto, si le vierte usted agua por encima, fragua en seguida y se convierte cada paquete en un resistente ladrillo. También celebramos concursos en los que regalamos carnets y novelas por entregas.

(Advertencia: Está automáticamente contraindicada para las personas inteligentes y que pisen firme.)

¡No confundirse, mejor dicho, confundirse—si no, no hay manera—, y tomar todas las noches la maravillosa y revolucionaria tisana «Astral»!

GAFOTAS & COMPANY LTD.

Agencia Anunciadora.

(Ilustraciones de Leo.)



Ayuntamiento de Madrid

LA ASAMBLEA AGRARIA



En el salón de un palacio, de cuyo nombre no me da la gana acordarme, no ha mucho pudo celebrarse esta asamblea campesina, en la cual, aunque mentira parezca, los que mandaban no eran los campesinos, sino el ultrarrevolucionario Zamarza y los suyos, ninguno de los cuales habían visto más campos que los de fútbol. Junto a los faldones de una duquesa coronada estaba la presidencia. Es claro que allí tenía su puesto Zamarza. La sala era demasiado estrecha y estábamos como siete en un zapato. A los últimos campesinos hubo que meterlos con calzador.

El presidente abrió la sesión con un solemne "¡Camaradas campesinos! Sois hombres libres y estáis organizados en democracia. La voluntad de la mayoría es nuestra ley. Mas para que veáis que Zamarza y los suyos somos claros, os digo que, votéis lo que vo-

teís, vamos a hacer lo que nos venga en ganas. (Rumores.) ¿A qué vienen esos rumores?... No podéis alarmaros, pues conocéis de sobra nuestras buenas costumbres. Tenemos la sartén por el mango, y no vamos a ser tan idiotas para dejárnosla quitar. Si supierais lo bien que se vive en las alturas, nos daríais la razón sin titubear. Podríamos haberos dado a probar nuestros privilegios, pero hemos pensado que con ello os podríais envejar, lo cual estamos en el deber de evitar por el bien de la organización, pues ya somos bastantes los que hemos tenido la desgracia de caer en las garras fatales del enchufismo. Sed razonables. Sed buenos chicos, como en aquellos felices tiempos en que os creíais todos nuestros cuentos. Os han pervertido esos proselitistas, abriéndoo tanto los ojos que ya no habrá dios que os engañe. ¡Buena la han

hecho! ¿Qué queréis que os diga de los problemas agrarios?...

Un delegado.—¡Al grano, al grano!...

Presidente.—Pues el grano es el que os va a salir a algunos, porque vamos a hacer lo que nos dé la gana.

Un delegado.—Queremos la razón, porque es nuestra.

Presidente.—Pues agruparos a nuestro lado.

Un delegado.—¿No sois antiproselitistas?

Presidente.—¡Amos, anda! Somos anticomunistas, que no es lo mismo.

Un delegado.—Camaradas: Habréis observado que aquí los campesinos no pintamos na, porque nos manejan unos cuantos. Esto es una lata. (Varias protestas.) Y esos que protestan son los que se han picao. Y os propongo que a todos los que se piquen, porque no son campesinos, los echemos de aquí. No queremos más que campesinos. (Aprobación. Zamarza sudaba, como bregando a un marrajo. Un camarado escondió su corbata.)

Un delegado zamarcista.—Elevo a la asamblea una proposición de «no nos da la gana de deliberar». (Mosqueamiento general.) He querido decir de «no ha lugar a deliberar» porque es lo cierto que yo no entiendo una palabra del campo, pero tengo siete hijos.

Un delegado.—Los llevas a los pioneros.

El delegado zamarcista.—Y me gusta un rato largo bañarme en la playa valenciana.

Un delegado.—Te bañas cuando llueva, como hacías antes.

Zamarza.—Previamente os tengo que advertir que si votáis en contra, como soy el amo del cotarro, suspenderé la asamblea.

Un delegado.—¿Eso es democracia?

Zamarza.—Eso es hacer lo que me da la gana. Recapacitad, porque mis amigos no pueden quedar desamparados y todos nosotros somos caballeros. A cada cual hay que darle lo suyo.

Varias voces.—Eso es lo que queremos, darte a ti lo tuyo.

Se procede a la votación. Zamarza y los suyos salen derrotados. Estos le ponen ojos de ternera con miradas al Presupuesto. Zamarza no puede contener tal dolor, y exclama como el que está dispuesto a morir a la boca del cañón: "¡Queda suspendida la asamblea por no haber hecho lo que se me antojaba! ¡A mí no me quita la razón ni dios!"

El escándalo es apoteósico. El árniea está en cola con los algodones y las gasas. Pero el pucherazo se impone, y Zamarza recibe una dulce mirada de sus secuaces...

GON

(Ilustraciones de Ufano.)



DIVULGACIONES POPULARES

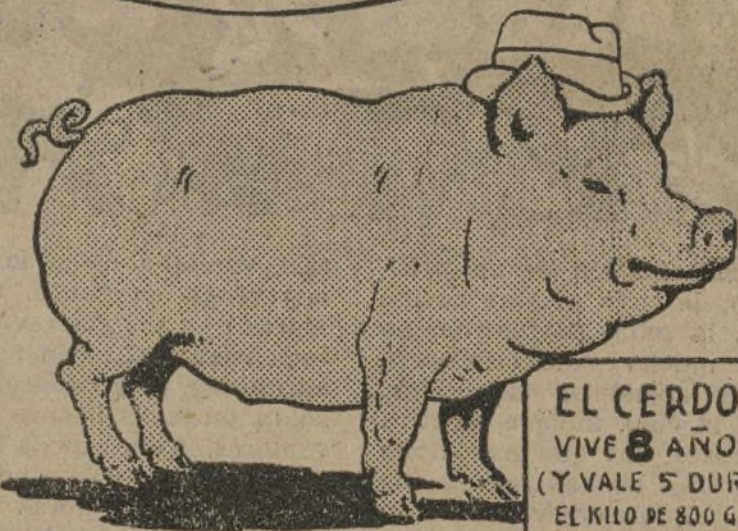
LA VIDA DE LOS ANIMALES.



EL MONO
VIVE 30 AÑOS
(POR MUY MONO QUE SEA)



EL ASNO
VIVE 20 AÑOS
Y UN DÍA



EL CERDO
VIVE 8 AÑOS
(Y VALE 5 Duros
EL KILO DE 800 Gms)



EL LEON
VIVE 50 AÑOS
Y SE COME A LOS NIÑOS
CRUDOS, POR SPORT.



EL LORO
VIVE 100 AÑOS
(Y CUENTA CUENTOS VERDES)



EL ELEFANTE
VIVE 100 AÑOS
(MAS QUE UNA
MALA SUEGRA)



EL SAPO
VIVE 20 AÑOS



EL ESPECULADOR
VIVE..... DE MILAGRO
HASTA QUE ES DENUNCIADO
A LAS AUTORIDADES REPUBLICANAS

Manolo

En el año 1950

inicio final (según los católicos)

Lugar de acción: Una nube roja. Mesas de escritorio, armarios, ficheros y máquinas de escribir.

Jehová que, convencido, se ha hecho antifascista; Angel socialista y Angel comunista. (Siempre según los católicos.)

Angel socialista.—Camarada Jehová: los cinco elementos que esperas acaban de subir.

Jehová antifascista.—Diles que avancen.

Angel comunista.—¿Preparo los expedientes y los pasaportes?

Jehová antifascista.—Sin que ellos lo observen.

Angel socialista.—Pasad. (Llegan primero, segundo, tercero, cuarto y quinto.)

Los cinco (entrando).—¡Salud!

Jehová antifascista.—¡Salud! Acercaos y tomad asiento en esas ondulaciones. (Pausa.) En el plazo de diez días habéis ido sucumbiendo al peso de vuestros años. No podéis quejaros de mí. Habéis vivido muy cerca de los setenta.

Elemento 1.º — No bien. Con muchos achaques...

Elementos 2.º, 3.º, 4.º y 5.º — ¡El maldito reuma!...

Jehová antifascista.—Sí, sí. Pero, a pesar del ácido úrico, no encontrabais el momento de rendirme cuentas. Si no os llego a avisar con unos cuantos resfriados, todavía estaríais en Madrid.

Elemento 1.º — Es que Madrid ha mejorado tanto después de la guerra...

Elemento 2.º — Y si nosotros vivimos en la capital durante el asedio, justo era, como compensación, que se nos permitiera gozar de sus encantos en la paz.

Jehová antifascista.—A

propósito: ¿Qué hicisteis vosotros durante la guerra? Antes de ella, ya sé que vuestra vida fué completamente imbécil. Pero ¿y mientras duró el asedio?

Elemento 1.º — Ah, todos nos comportamos muy bien!

Los cinco. — ¡Todos!

Elemento 1.º — Yo estuve en una Embajada y tenía carnet.

Elemento 2.º — Como todos nosotros.

Elemento 3.º — Yo conservo todavía mi certificado de trabajo, como empleado de uno de los doscientos secretarios del secretario del señor cónsul de las Batuecas.

Elemento 4.º — Yo fui presidente de un Comité de Vecinos... de la Embajada.

Elemento 5.º — Y yo llegué a reunir tres tarjetas de aprovisionamiento y dos certificados de trabajo.

Jehová antifascista. — Bien; pero ¿qué servicios prestasteis a la causa?

Elemento 1.º — Como prestar...

Angel comunista. — Aquí aparece que tú, Elemento 1.º, dejaste encendidas ciento veinte veces las luces de tus habitaciones exteriores siempre que volaron aviones enemigos sobre la capital.

Elemento 1.º — Por descuido. Me aturdía la proximidad del peligro. Pero yo era revolucionario.

Angel comunista. — Aquí figura que tú, Elemento 2.º, vendiste comestibles a precios elevadísimos.

Elemento 2.º — Lamentándolo siempre, puedes creerlo; porque a nosotros llegaban los artículos muy recargados. Pero yo siempre fui revolucionarísimo.

Angel comunista. — Tú, camarada 3.º, hiciste grandes esfuerzos presionando a unos amigos tuyos de la Prensa para que la unión de los antifascistas no se realizase.

Elemento 3.º — Por no malograr la «ultrarrevolución».

Angel comunista. — Tú, Elemento 4.º, te dedicaste a lanzar «noticiones» (vulgo «bulos»), que nunca se confirmaron.

Elemento 4.º — Cierto. Sin mala intención. Tengo la desgracia de creerme todo lo que invento.

Angel comunista. — Y tú, Elemento 5.º, guardaste en la cueva de tu casa muchos miles de pesetas en monedas cinco y de una.

Elemento 5.º — Exacto. Para las exigencias del negocio.

Angel comunista. — ¿De qué negocio?

Elemento 5.º — Del negocio de guardar pesetas.

Jehová antifascista. — ¡Bueno, bueno! Esta es una oficina de liquidación de cuentas. De modo que terminado el incidente. A ver, compañeros, ¿están extendidos los pasaportes de estos amigos?

Angel comunista. — Aquí están.

Jehová antifascista. — Perfectamente. Región 13, nube 1.287, ya casi ocupada. Esa será vuestra residencia por los siglos de los siglos.

Los cinco. — Gracias. ¡Salud!

Jehová antifascista. — ¡Salud!

Elemento 1.º — ¿Se puede saber si es buen lugar el que se nos destina?

Angel socialista. — El más indicado para vosotros.

Elemento 3.º — No esperábamos menos, porque lo merecemos. ¿Quiénes ocupan ya esa nube?

Angel socialista. — Franco y sus amigos.

(Telón rápido.)

S. MACHO

(Ilustraciones de Babiano.)



Ayuntamiento de Madrid

NOTICIAS DE LA SELVA

DE LA "BUENA SOCIEDAD"



Los antropófagos han elevado un monumento a su representante en Europa, Benito M. (a) «Duce», por su gran labor de propaganda.



Dos primos de mala sangre, uno de ellos «alumbrao».



EL ANGEL DE LA PAZ

BENITO. — Sigue, Adolfo, que lo vamos rodeando bien.

ADOLFO. — No tiene escapatoria... ¡Ya es nuestro!!

(Dibujos de Casiveo y Lusato.)

LOS SERMONES DEL PADRE VIVÁLEZ



(«Hostiorum sacudit menda». San Pablo, a los centuriones.)

Burgos.—He tenido ocasión de asistir al primer

serviros de norma para que vuestros dulces corazones vayan habituándose a exterminar delicadamente a los demonios rojos de ambos sexos y de cualquier edad.

cadillos. ¡Donosa manera de defender la causa de nuestro Señor!

»De ese modo llegarían aquí los republicanos y asaltarían este templo.

simas Congregaciones de vosotras, piadosas mujeres.

»Hay que dejarse de macanas, hermanos míos en Nuestro Señor, y dedicarse a machacar leales por donde se pueda.

»Son verdaderos monstruos del Averno, verdaderos demonios, hijos de Satan. Los he visto cometer horrendas ferocidades. He visto a uno matar a su padre para robarle un billete del tranvía capicúa.

(Rumores: «¡Qué horrible!»)

«¡Ah, hermanos míos! Juramos ante esta representación de las Leandras que, sobre todo, no permitiréis una cosa: Que se metan un día los republicanos con esos



sermón que ha pronunciado el padre Vivález ante los Flechas y Pelayos que comulgaban por primera vez. Asistieron también «Las Leandras», agrupación belicosa femenina de la alta sociedad.

Gracias a mi nuevo disfraz de vendedor de postales y bicicletas, he podido introducirme en el sagrado recinto.

He aquí lo más importante del sermón:

—Hermanos y futuros combatientes. Vengo a hablaros en nombre de Nuestro Señor, que está en los Cielos, con licencia del generalísimo. A vosotros, tiernos Pelayos, y a vosotras, Leandras.

«Aeroplanum machacorum niforum», dijo San Dionisio Aeropagita, patrón de los aviadores alemanes. Y esto, amadísimos hermanos, ha de

»Una bomba bien aprovechada vale más que muchos padrenuestros. Un obús que sepa cumplir su obligación en un asilo de ancianos o en

»Llegarían a demoler nuestra civilización apostólica. Llegarían incluso —¡oh posibilidad nefanda!— a suprimirme mis diez mil duros

diez mil duros que yo vengo cobrando.»

Con estas parrafadas y otras de parecida grandilocuencia se ha expresado en



una colonia infantil, vale más que una letanía.

»Hay quien cree que basta con rezar mucho y abstenerse del mal y otros pe-

de limosnas y otros anejos.

»Por eso no basta, no, hijos míos, hijas de mi vida, con una honesta contemplación. No basta con las pi-

su primer sermón el padre Vivález.

KLEMEN-TITO

(Ilustraciones de Miciano.)



¡Retaguardia facciosa, o arriba... los bizcochos borrachos!

(Dibujo de Manolo.)



Pasaba inadvertido por las calles de Madrid, sin que nadie, absolutamente nadie, se diera cuenta de mi presencia en ellas. Llegué a la puerta del palacio de aspecto señorial. Sobre el balcón principal, un enorme transparente blanco en el que muchas veces, al pasar de día, había tenido ocasión de leer: «Edificio habilitado como anexo de la Embajada X.»

El corazón parecía como si quisiera saltar de mi cavidad torácica. La cosa no era para menos. Se necesitaba ser un héroe, como lo soy yo, para meterse en una empresa como ésta. Dominada un poco la emo-

ción, hice la llamada convenida, la llamada que me había indicado el que hacía proselitismo entre ellos. Se abrió un portillo, me pidieron el «santo y seña» y yo lo di sin titubear. Me condujeron hasta la portería, donde estaba establecido el «cuerpo de guardia». Allí, unos jovencitos comenzaron a interrogarme. Uno me pidió le mostrara mi documentación. La entregué sin titubeos. La leyeron, y el que hacía de jefe exclamó: —¡Basta! Es suficiente. Es de los nuestros.

Entonces me abrazaron y me condujeron a un salón lujosísimo, presidido por una magnífica radio. Se es-

cuchaba la emisora de Salamanca, que en este momento radiaba el himno nacionalista «Gionenessa», y al terminar, la totalidad de mis camaradas, puestos en pie y con el brazo extendido, gritaron a coro con el «speaker» de la emisora «patriótica»:

—¡«Duce»! ¡«Duce»! ¡«Duce»!

Yo me levanté e hice lo mismo.

La radio continuó funcionando. El «speaker» leía ahora la «crónica de guerra», que desde el frente de Madrid enviaba el «Tebib Arrumi».

Todos los allí presentes lloraban de emoción.

Una señora respetable elevaba su mirada hacia el inexcusable infinito, mientras balbuceaba una oración y hacía la señal de la cruz.

Un «camarada»—corbata roja y gualda, distintivo de Falange como sujetador de ésta y cruz de oro en la solapa izquierda—se interesó por el estado de mi estómago. Le dije que no había comido en todo el día, y él, compadecido, me llevó al comedor.

—El señor no ha comido hoy. Sirvele lo que desee.

Y volviéndose hacia mí, me dijo:

—Puede usted pedir lo que le agrade, que aquí tenemos de todo. No carecemos de nada.

Efectivamente: me sirvieron una cena opipara, y como final, café de verdad, con leche no sé si de verdad; una copa de licor y un buen cigarro puro.



La emoción—y la digestión laboriosa—me pedían descanso. Me condujeron a una habitación espaciosa, donde había varias camas, me indicaron cuál era la mía, y en ella me zambullí—después de desnudarme, como es natural—y cerré los ojos, dispuesto a quedarme dormido, no sin antes rezarle mis oraciones a los ángeles tutelares que tan bien han dispuesto todas las cosas para que los emboscados no pasemos fatigas.

EDIL





El jefe.—¿Eres recluta nuevo?

El recluta.—Sí, mi general.

El jefe.—Me lo figuré, porque te mando cañonear un objetivo y cañoneas un polvorín, teniendo casi al lado un hospital.

(Dibujo de Porto.)

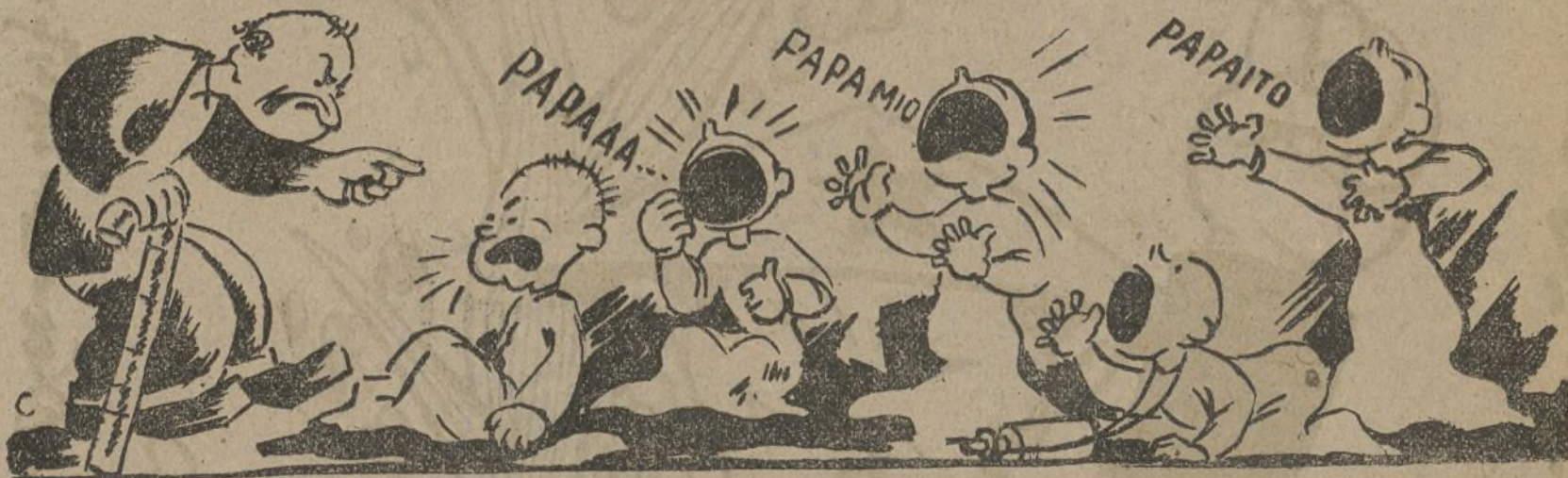
¿Va "usté" al cine? Pues es un valiente.

¿Va "usté" al teatro? Pues es un héroe.

CINCO NIÑOS Y UN ANCIANO EN BUSCA DE SUS PADRES

Un jovencito de setenta y cinco años que hasta ahora ha observado una conducta normal y pacífica, fué víctima, por su desmedida afición a las películas españolas, de un raro caso que ha perturbado trágicamente su vida.

El hombre iba a ver todos los «films» españoles, y en



estos momentos volvió a contemplarlos. Ya en su casa, se puso a rumiar los argumentos, y así observó con gran alarma que en «Sor Angélica», un niño buscaba a su padre; que en «Don Quintín el Amargao», una mocita no conocía al suyo; que el niño de «El octavo mandamiento» buscaba lloroso a su progenitor; que el «peque» de «Rinconcito madrileño» también ignoraba a quién debía su vida, y, en fin, que en «El secreto de Ana María» ocurría cosa parecida. Presa de una morrocotuda agitación, él también se acordó de que no conocía a su padre, y, lloroso, murmuró: «¿Pero es que en España ningún hijo tiene padre reconocido? Si en el extranjero han visto estas películas, supondrán que el problema de la paternidad es nuestra principal preocupación.»



Esto dijo el joven de setenta y cinco años, «inflándose a llorar». Luego se volvió loco. Y corriendo por las calles pregunta desde entonces a cada niño evacuado que ve: «Oye, compañerito, ¿conoces a tu padre?» Al contestarle que sí, rompe en sollozos y exclama, hipando: «¡Todos tienen padre, menos los niños de las cinco películas y yo! ¡Somos unos desgraciados!...»



Y lo peor no es esto, paciente lector, sino que en frecuentes accesos de ira le da por acordarse de los progenitores de cada uno de los directores de los «films» antedichos, y con frases nada halagüeñas, por cierto.

YO NO GRITO «¡VIVA PEREZ DE GUZMAN!»

El camarada Custodio (antes don Angel), autor—¿se dice así?—de «Tururú», vulgo «Dispensa, Perico», y más vulgo aún comedia alemana de enredo, es un «stajano-vista» como no hay dos. Con una contumacia que emociona, se lanza gallardo y atrevido sobre las cuartillas, y al revuelo de un capote escribe una comedia que inmediatamente lanza en el primer escenario. El hombre cumple

con el mandato divino: se gana el arroz—ya que no el pan—con el sudor de su frente. Pero de todo esto ¿qué culpa tienen los pacíficos espectadores? ¡Es cruel cebarse de esa forma con seres indefensos! Lo decimos no a humo de pajas, sino con razón que nos sobra hasta por la punta de los pelos. Es demasiado ensañamiento el de hacer tragar a unos espectadores pacientes e inofensivos esa «cosa»



que se llama «¡Viva Pérez de Guzmán!» En vez de escribirla en las cuartillas, podía haberlo pintado en las vallas, que es donde se lanzan tales gritos proselitistas. Seamos serios. Vengase el camarada a razones y descubra el porqué de su odio al público. Ese odio africano que le lleva sin reflexiones a esgrimir contra él un arma tan mortífera como «¡Viva Pérez, etc.!» ¡Horrible!

(Al llegar a este párrafo me tomé un descanso de dos días. Durante ellos logré enterarme de una cosa que explica lo anterior. Ahí va:)

Pues el compañero Custodio escribió «¡Viva Pérez, etcétera!», que tantas víctimas ocasiona diariamente en la Latina, con un solo objeto: el de castigarse a sí mismo descendiendo aún más en el nivel escénico por haber tenido la debilidad de «escribir» dos «cosas» de circunstancias muy malitas, tituladas: «Alonso de Bombón» (para republicanos ingenuos) y «La cartera de Marina» (para sanjurjistas esperanzados). Al hombre le remordía la conciencia, y «¡vaya!», que supongo seguirán diciendo en Valladolid, aunque con ligero acento teutón.

Asdrúbal PEREZ

(Ilustraciones de Cantos.)



—¡Salud, camaladas españo! Yo también digo que ¡no pasalán!

(Dibujo de Ufano.)